

Dios tiene un sueño contigo

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” Gálatas 2:20

Llevo días luchando en mi interior con la palabra sueños. Pensé que Dios quería que escribiera sobre algún personaje bíblico al cual Dios le hubiera hablado a través de sueños, pero no ha sido así. Les cuento que mientras conducía hacia mi trabajo el otro día un autobús se paró hacia el costado mío y tenía un gran rotulo que leía: “¿Con qué sueñas?”, y continuaba haciendo las siguientes preguntas, “soñaste en ser un artista grafico, o un asistente médico, y otro sin número de carreras”. La realidad es que soñar con todas esas cosas es bueno, y llevarlas a cabo es mejor, pero lo que hoy siento en mi espíritu es que Dios tiene un sueño con nosotros.

El sueña todo el tiempo con los planes de bien y no de mal que tiene para nosotros. Sueña que puedas comprender que nuestras vidas están escondidas en el hueco de la palma de su mano y que su protección está sobre cada uno de sus hijos. Él sueña que nosotros recibamos la Palabra en Gálatas 2:20 donde nos indica que debemos morir crucificados con Cristo y dejar de vivir nosotros para que se manifieste el Cristo que vive en ti y en mí. Posiblemente nos preguntemos inmediatamente, ¿tengo que ser crucificado y morir para que los sueños de Dios se realicen?

De manera muy sencilla te voy a explicar el milagro del sacrificio de la cruz. Jesús como nuestro sustituto muere en la cruz en un lugar llamado Gólgota, y cumpliendo con todas las profecías dadas por cientos de años derrama su sangre para redimir nuestros pecados. En el momento que nosotros reconocemos esta verdad, y nos arrepentimos de nuestros pecados recibimos el perdón de Dios. La Palabra de Dios nos continua enseñando que el Espíritu Santo viene y mora en nosotros, y convierte nuestro espíritu en el templo de Dios. ¿Cómo llega a nosotros el Espíritu de Dios? El Padre lo envía e inmediatamente comienza a revelar la verdad de la Palabra que compartió Jesús. Juan 14:26.

Ahora volvamos al tema que nos compete en este día que es que yo estoy juntamente crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí. Cuando rendimos nuestras vidas a Jesucristo, la manifestación de una vida cristiana es querer matar en nosotros todo lo que nos separe de nuestro Dios. Tu carne y la mía ya no debieran regir nuestras decisiones y acciones, nuestras conversaciones y lo que leemos y vemos. Ahora es Cristo en nosotros por medio de su Santo Espíritu que con amor, bondad y misericordia derrama su gracia diariamente para llevarnos a vivir unidos a Él. Tu mente y tus emociones tampoco debieran regir tu vida, es ahora tu mente la que debiera desear vivir bajo el conocimiento de un Dios generoso; son tus emociones las que se filtrarán a través de la Palabra de Dios. Dios sueña contigo y conmigo que podamos morir al yo y vivir una vida plena llena de su Santo Espíritu para honrar, adorar y proclamar la verdad de su Hijo.

Yo quiero cumplir con el sueño de Dios, ¿y tú? Dios sueña con una Iglesia que manifieste la grandeza de su verdad, que viva con el denuedo para proclamar su justicia, y una iglesia que unidos en un mismo propósito manifestemos el amor del Padre, del Hijo y de su Espíritu.

Padre, este día oro por tu Iglesia para que podamos, nosotros tus hijos, vivir de acuerdo a tu Palabra. Que amparemos al necesitado, sanemos al enfermo de alma y cuerpo, luchemos por que la justicia de Dios se haga manifiesta a través de toda la tierra y que tu Paz que es la propia persona de Jesucristo reine hoy y siempre. Abre nuestros ojos espirituales Señor, llena nuestro corazón de tu presencia y danos hambre de ti para que podamos recibir el Pan de Vida, saciemos nuestra sed con el manantial que brota

del río de Dios para que entendamos que cuando morimos al yo, viviremos para siempre en Cristo Jesús.
¡Amén!